

X

TORMENTA

EL criado de Felipe tenía orden de no volver de casa de Rosario sin respuesta á la carta que llevaba. A fin de evitar que le dijese que la sobrina de Viodal había salido, escogió la hora de la mañana para entregar la misiva. Volvió poco antes de las doce, y entró, asaz mohino, en el despacho donde Felipe tenía abierto un libro, pero no leía. Y á la afanosa pregunta de su amo, respondió con visible temor de ser reprendido:

—La señorita Rosario dice... que ya contatará.

—¿No te ha dado nada? ¿Es que no has aguardado?

—He aguardado más de una hora... Y el viejo del ascensor es el que vino dos veces á decirme que era inútil esperar, que ya mandarían aquí la respuesta...

—Bien, vete...

Una exasperación violenta se apoderó de Felipe; una ola de ira le inundó el cerebro, qui-

tándole la razón. Quedábale el discernimiento suficiente para comprender que estaba loco, pero no la fuerza de voluntad para dominar el acceso de esa locura. No podía explicarse la conducta de la chilena, y el misterio y el silencio le sacaban de quicio. En aquel momento no pensaba en Dacia, ni en los manejos de Nordis, ni en los centenares de retratos con lazo blanco y rojo, retratos suyos emparejados con los de una princesa á quien sólo había visto, hacía dos ó tres años, en un grabado de *Ilustración...* Borróse este espejismo, y en cambio se alzó la pasión irritada por las contrariedades y los celos, como león á quien le falta la pitanza. La imagen seductora de Rosario le visitó, en forma de obsesión de los sentidos y la voluntad, y por un momento, creyéndose solo, Felipe María, presa de una gran excitación nerviosa, se tiró de los cabellos y se mordió con rabia las manos. La sangre italiana, demostrativa, aparecía en aquella crisis súbita... De repente sintió que le abrazaban, que le decían palabras cariñosas, cual las que se dicen á un niño; y rehaciéndose, abochornado de haber sido visto en tal desorden, se encontró con Yalomitsa... El bohemio, á pesar de su color cobrizo, parecía pálido, y los mechones serpentinos se deshilachaban lacios y revueltos sobre sus hombros; su mirada expresaba compasión y desaliento.

Cálmate—decía—Lipe, querido, cálmate, riéte de las mujeres... no te des al diablo por ellas! Vamos, vente conmigo, voy á tocar todos los aires dacios que quieras... Puede que así

llores... y te sosiegues... Ya sabes la virtud sedante de la música... y del llanto.

—Gregorio—exclamó Felipe María, serenándose de repente—tú me traes noticias de Rosario. Habla, te lo suplico... Suéltalo todo... ¡Ven-ga la verdad!

—¿Y me prometes... no romperte la cabeza...?

—¿No ves que lo que necesito es la verdad, la realidad, los hechos? Hace días que me encuentro delante una pared, dura, ciega y sorda. ¡La verdad! Sólo la verdad puede apaciguarme... Habla,—añadió mientras una ligera espuma asomaba al canto de su boca.—¿Vienes del estudio?

Yalomitsa dijo que sí, con la melnuda cabeza.

—¿Has hablado con Rosario?

—Y con Viodal.

—¿De mí?

—Y de ellos.

—¿Qué sucede...? ¡Ea, que aguardo!

—Sucede... ¡vamos, parece una pesadilla! que Viodal y Rosario están preparándolo todo para casarse!

Felipe guardó silencio. No pestañeó. Sus azules pupilas se dilataron y las alas de su nariz palpitaron un instante, como las del tigre que olfatea la presa. Abrió y volvió a cerrar maquinalmente el puño de la mano izquierda. Fue un segundo nada más; al punto se aplomó y consiguió sonreír, con unos labios blancos, espumantes aún, pero ya sujetos a la voluntad.

—Gracias, Gregorio, ahora me siento tran-

quilo. Cuéntame eso; siéntate; has de almorzar aquí, de modo que no tienes prisa. ¿Se casan, dices? No extrañes si me asombro algo, porque...

—Porque es una indignidad, una traición de Judas—interrumpió Yalomitsa desatándose, como el agua cuando se abre la esclusa.—Yo creí a Viodal un hombre honrado, y ahora le tengo por un redomado pillo. Y Rosario, que me parecía una criatura celestial... es ni más ni menos que una mujer luciferina... ¡Si supieses, Lipe, si supieses que hace pocos días, casi puedo decir pocas horas, me prometió a mí, a mí mismo, Gregorio Yalomitsa en persona, quererte, casarse contigo! ¡Y estaba tan alegre, tan a'egre.. que hasta bailó la danza del chal, la que bailaba Fatma en la Exposición!

Felipe cerró los ojos; una visión deleitosa acababa de recordarle las posturas, los lánguidos movimientos de Rosario en esa danza que a su vista había ejecutado una vez en el taller; y el recuerdo le quemaba de tal modo el alma, que sentía un deseo incontrastable de destrozarse alguna cosa, de herir, de matar. Sin embargo, el orgullo le sostenía; no quería aparecer ridículo ni débil; y por lo mismo que su estado interior era realmente espantoso, tenía el valor de encerrar lo que sentía y de conservar una calma engañadora en la superficie. Había adoptado, en un instante, una resolución, y para las personas en quienes el amor propio es firme, y ardiente la sensibilidad, la resolución, una vez tomada, responde de la sangre fría absoluta: ya

no se lucha con el pensamiento, ya no hay indecisiones; sólo se necesita energía para realizar lo pensado... Y energía le sobraba en este caso á Flaviani: la tenía por herencia, como se tiene un rasgo de belleza ó una singularidad física; era el atavismo de la raza real, que no podía faltarle en el momento crítico, y que ha sido causa de que los reyes, aunque en la vida diaria se manifesten irresolutos, blandos de carácter, en las horas supremas recobren un vigor, una fortaleza y una dignidad, que son admiración de la Historia cuando narra la muerte de un Carlos I ó de un Luis XVI. Si lo que pensaba ejecutar Felipe es lo que suele ocurrírseles á los celosos, la manera de realizarlo fué una prueba de dominio sobre sí mismo, de fuerza soberana. La frialdad de que se revistió repentinamente, hubiese engañado, no á Yalomitsa, que no era difícil de engañar, sino al más sagaz de los observadores.

—Gregorio—dijo consiguiendo *igualar* absolutamente el metal de voz—no te exaltes, y entérate bien y despacio de todo eso que has averiguado. Mira, ya se me pasó el berrinche. No tengo nada que oponer á la voluntad de Rosario, si quiere casarse con su tío; pero como la noticia es inesperada, hasta dudaré de ella y creeré que has entendido mal, si no me informas de lo que has averiguado y visto. Quizás se trata de una alucinación ó de una aprensión... ó de una broma de taller.

—¡Ay, Lipel cuando te pones así... me crispas los nervios; te prefiero cuando pateas y te

tiras del pelo y echas espuma... Entonces me gustas más. No parece sino que Yalomitsa es algún babieca. ¿Quieres oírlo? Pues ahí va.—Entro en los *Cuatro elementos...* y lo primero que me echo á la cara es Rosario, con la túnica color de azafrán de la *Samaritana*, y á Viodal rehaciendo la cabeza que había borrado con el cuchillo. Ella volvió la cara, supongo que por no verme, —¡remordimientos!—y él, muy contento, me consultó acerca de la expresión del rostro, que en su opinión había ganado. Entonces yo, inocentemente, fundándome en el suelto que había leído en *La Actualidad*, voy y digo como la cosa más sencilla:—«Ese cuadro será regalo de boda... eh, Rosario?»—«Ese y todos los que ella quiera»—salta el tío, como si le tocasen á un resorte.—«Pero *mi futura*, —añadió con una especie de retintín—tiene demasiado gusto para no preferir, á los cuadros de su novio, los de Millais; y ayer me han propuesto comprar uno, que es una cosa espléndida». —Yo debía de estar grotesco, con la boca y los ojos abiertos así, de una cuarta; pero Rosario, en vez de reírse, seguía escondiendo la cara, contemplando los mamarrachos de la chimenea gótica. Entonces no pude reprimirme, y estallé.—«¿Qué gerigonza es esta? ¿Con quién te casas, Rosario? ¿Si sabré yo leer? *La Actualidad* anuncia tu boda con Felipe María Flaviani.»—«*La Actualidad* se equivoca,»—respondió ella, encarándose conmigo y echándome unos ojos... ¡qué ojazos! ¡dos volcanes!—«No entiendo; á ver, repite...»—«Repito que me

casaré con Jorge... y que no veo motivo de asombro en ello, Gregorio, porque se me figura que le quiero lo bastante...»—«¿Es de veras?»—pregunté á Viodal.—«Rosario lo ha resuelto»—contestó hipócritamente, ¡como si yo no supiese que él es quien la está asediando toda la vida!

—Eso es tan exacto, Gregorio— declaró con yerta indiferencia Felipe— que la gente ha llegado á suponer otras cosas peores... ¿No las has oído tú?

—Francamente...— tartamudeó el bohemio— oírlas... sí... pero las he creído siempre maldades...

—Y ahora, Yalomitsa... ¿qué piensas? Dimelo en tu conciencia y en tu alma.

—Ahora... ¡No, no es posible, Felipe! ¡Aquellos ojos, aquella cara... ¡mentir hasta tal punto! Felipe, me sangra el alma de pensar que esa criatura tan hermosa...

—¿Pues no decías hace tres minutos que era una mujer luciferina? ¡Veleta! Oye, Gregorio; en todo esto no hay más que una cosa mala é intolerable: que ese pintor, en tan buena inteligencia con su sobrina, se haya permitido anunciar en los periódicos que yo me casaba con ella.

—¿Pero es Viodal quien?...— exclamó atónito el bohemio.

—¡In persona. Lo sé de cierto, con datos irrecusables. Ya ves que eso no puede pasar. Muy dueña es Rosario de querer á quien le plazca, y su tío de casarse con ella... pero no de ponerme á mí en berlina, ignoro con qué fines...

¡ni me importa! El hecho me basta y el hecho me obliga á tomar mis medidas...

—Es una burla indigna, una farsa indecente... ¡Ese Viodal debe de estar loco!—gritó Yalomitsa enfurecido.

—Loco ó no... En fin, ya despejaremos la incógnita. Hazme el favor, Gregorio, de pasar al fumadero y espérame allí. Que te den pipas, que te sirvan *cognac*... Dentro de un cuarto de hora, almorzaremos.

—No hagas un disparate, Lipe. Ríete de los bribones... y de las serpientes bonitas también...—No tengas miedo... Anda, fuma y espérame...

Solo ya, Felipe escribió tres cartas. La primera, dirigida á Jorge Viodal, era seca, sonora y brutal, como un bofetón. Ningún hombre que tuviese sangre en las venas la recibiría sin encenderse en furor y aceptar el reto. La acción de lanzar á la publicidad la noticia de una boda, estando concertada otra para la misma mujer, y siendo el propalador de la noticia de su enlace con otro hombre el mismo que tenía dispuesto casarse con ella, recibía los calificativos más insultantes y duros; y en el párrafo final, Felipe María anunciaba al pintor la visita de dos caballeros que irían, no á debatir la ofensa, sino á ponerse de acuerdo para la reparación. «Si no quiere usted que redoble mi desprecio hacia el proveedor de *canards* de la prensa parisiense, admitirá usted sin objeción mis condiciones para este lance». El tono de la carta era el mismo desde las primeras líneas: agresivo y feroz,

á fin de que Viodal no pudiese desconocer el propósito de Felipe, ó aparentar que lo desconocía. «Que entienda bien que la burla no quedará impune». Cerrada la misiva para Viodal, Felipe María escribió otras dos, una al marqués de Sillery, antiguo amigo suyo, clubman, otra á un joven oficial de húsares, Carlos Daubée, á quien había conocido en Arcachón, mozo valiente, ligero de cascos y puntilloso en casos de honra. Encargábales á los dos que solicitasen de Viodal una reparación, pero sería, hasta que uno de los adversarios quedase inutilizado de verdad. Al dejar la pluma, respiró mejor; y, aprisa, buscó en el cajón más secreto del pupitre una fotografía de Rosario, magnífica prueba en que la chilena lucía el disfraz romántico de española que llevaba en el baile de trajes: la chaquetilla torera, la faja, el calañés torcido, la redecilla que recoge el crespo cabello. Al mirar aquella imagen, sintió vértigo Felipe; las líneas tentadoras del hermeso cuerpo, la luminosa sonrisa, los ojos grandes como abismos de placer, le causaron un paroxismo de rabia y le hicieron rechinar los dientes como un precito que ve la gloria. Desgarró el retrato y lo pateó. Recobrando después su máscara de tranquilidad, pasó al fumadero, y diez minutos más tarde almorzaban él y el bohemio mano á mano, mientras las cartas iban á su dirección, calladas y rectas como van las balas en el combate.

XI

EL RAYO

ROSARIO estaba sola en el vasto *hall*. Por instinto había ido á acurrucarse junto al *fuego*. Sentía aquella mañana, en lugar de la amarga embriaguez de sacrificio de los días anteriores, un cansancio, como una náusea invencible de su abnegación. La causa era sencilla: no era preciso quebrarse mucho la cabeza para adivinarla. Hasta la víspera, ningún detalle había recordado á Rosario que el hombre á quien miraba como á su padre iba á adquirir sobre ella otra clase de derechos. Casarse con Jorge, la parecía buenamente continuar viviendo á su lado; porque el pintor, en virtud del mismo exceso de su pasión, por la delicadeza inseparable del verdadero cariño, por el sentimiento de dignidad que trae consigo la madurez en las almas escogidas, paternalmente seguía tratándola; ni aludía á la empeñada palabra de matrimonio. En la conversación con Yalomitsa, fué la misma Rosario quien, por un alarde de estoicismo y para quemar sus naves y dar parte á Felipe de

que estaba libre, había puesto en conocimiento del bohemio sus planes de boda.

Mas, la víspera, recibió Viodal una carta que le agitó extrañamente. Rosario, que la vió llegar, sospechó que era de Felipe; conocía la forma y el color del papel, el sello, todo; por primera vez pensó que había hecho mal en irritar á su enamorado con el silencio y el abandono mudo, que parecía desdén; comprendió que no basta cerrar los ojos y echarse al precipicio, sino que hay que mirar cómo se cae, para no arrastrar consigo á los demás. Caviló en que debía de ser terrible la cólera de Felipe, y que podía recaer en Viodal fulminante é implacable; adivinó, en suma, lo que no era difícil adivinar, conocidos los antecedentes. — El pintor guardó la carta, llamó al criado, y le dió algunas órdenes reservadas. Rosario no interrogó á su tío; estaba segura de no conseguir respuesta, ó por lo menos de que no le dirían la verdad. Decidió observar, y observó con ardorosa inquietud.

Notó que Viodal almorzaba poco y á medio diente; reparó también en que, después de haber almorzado, en vez de volverse al *hall* para trabajar en una figura que tenía bien planteada en el cuadro, se retiraba á sus habitaciones y salía de ellas vestido de calle, con sobretodo claro de cuello de castor, sombrero de copa, guantes y paraguas. A las tres de la tarde le veía regresar, acompañado de Loriesse y del conde de Nordis. Como Rosario pretendiese subir con ellos al estudio, se opuso el pintor, ale-

gando que esperaban á una señora norteamericana, una aficionada traída por Loriesse, y que la presencia de una señorita, sobrina del artista, sería embarazosa para la probable compradora de los dos ó tres cuadros de caballete que todavía conservaba Viodal en su estudio.

— Un buen negocio, nena... No me espantes á la cliente. Ya te avisaré cuando puedas volver.

El aviso no llegó en toda la tarde; pero Rosario, con la decisión de la mujer que, deseosa de saber lo que le llega al alma, no repara en medios, salió á la antesala é interrogó al muchacho servidor que hacía funcionar el ascensor forrado de raso. Supo que habían subido dos caballeros, á quienes el señor Viodal había dado de antemano orden de recibir á cualquier hora, averiguando primero si venían de parte del señor Flaviani. Y poco después de que subieron los dos caballeros, el señor Viodal había vuelto á bajar hasta el portal, y de allí á la calle.

— Me parece—añadió el parlanchín que no ha debido de ir muy lejos: juraría que al volver la esquina entró en la *brasserie*.

— Y los otros cuatro señores, ¿se habrán quedado arriba juntos?

— Sí, señorita Rosario...

La chilena no preguntó más, ni era preciso; comprendía perfectamente: se trataba de los preliminares de una cuestión personal. Sorda angustia se apoderó de su espíritu y redobló la atención y el cuidado en observar lo que sucedía.

Viodal, á la hora de comer, parecía menos

preocupado que por la mañana; su sobrina le encontró tranquilo, aplomado, y concibió esperanzas de que se hubiese arreglado el asunto, de que mediasen explicaciones. Mas al punto de retirarse, á eso de las diez y media, cuando Rosario, obedeciendo á una costumbre inveterada, establecida por Viodal mismo y agradecida por su sobrina— que entendía esta cuestión á la rígida y honesta manera española y no dejaba que la rozasen labios— tendía, en vez de la frente, la mano á su tío, el pintor, con repentino arranque, se acercó á la muchacha, cogió su cabeza, y á bulto, sobre los ojos, la besó con ardor, con una especie de frenesí. Rosario, trémula, hizo ademán de desviarse.. pero ya Viodal se había encerrado en su cuarto con llave y cerrojo.

—Es que se bate mañana, no hay duda:— pensó la chilena. Sin embargo, no bastó tal pensamiento para impedir que, al llegar á su tocador, se limpiase el rostro, los párpados, las mejillas, deseando borrar las huellas de la caricia.—¡Borrar! ¡Si Viodal no sucumbía en el duelo, Rosario tendría que ser su esposa!... ¡Su esposa! ¿Por qué no contaba con esto? ¿Acaso era una niña inocente, criada entre monjas? ¿Se había figurado que Viodal no la quería de aquel modo, que la adoraba á estilo de santo ó de viejo caduco?

Rosario no se acostó en toda la terrible noche. No hubiese dormido; valía más acurrucarse en el sillón. A cosa de la una, cruzó el pasillo andando en puntillas, y vió una línea de luz bajo

la puerta de su tío. Pegó el oído á las tablas: Viodal trasteaba, abría y cerraba los cajones; sin duda esos preparativos que se hacen en vísperas de un grave empeño, en que se juega la vida. Rosario se volvió á su cuarto, temblando de frío y de terror. Rendida, se adormeció un poco. A la madrugada despertó despavorida; creyó oír que andaban muy despacio por el saloncito que dividía sus habitaciones de las de Viodal: el suelo crujió un instante, después el ruido cesó, y á los tres segundos oyó que se cerraba la puerta de salida...

Entonces Rosario estuvo á punto de gritar, de salir á la escalera... ¿Por qué no lo había hecho antes? En aquel instante comprendía la causa: no lo había hecho, por no provocar en Viodal otra explosión de temible cariño, por no verse en el caso de que, rebelándose su alma, saliese á la superficie lo que se había propuesto ocultar, dominar, hasta suprimir: el amor invencible, el amor loco por Felipe María, el impulso de todo su ser, que la llevaba hacia el abandonado y la apartaba del elegido... ¡Qué horrible motivo el de su silencio! Y no era otro: no cabía que Rosario se engañase: ya leía, descifraba, entendía su propio corazón: quería á Felipe, lo quería por encima de todo, del honor, de la dignidad, de la generosidad, de la razón y de las consideraciones del porvenir; lo quería á toda costa, y la repulsión que sentía hacia cualquiera que no fuese él, era la señal más clara del cautiverio de su albedrío...

¿Qué iba á suceder en el duelo? ¿Qué suerte

correría Viodal, á quien Rosario deseaba todos los bienes, todas las dichas, excepto una? Envuelta en amplia bata de franela, abrigada con largo boa de zorro azul, y tiritando así y todo, Rosario subió al *hall*. La luz del día, entrando descolorida y mustia por los altos vidrios, parecía que en vez de calentar aumentaba las glaciales sensaciones del que no ha dormido á gusto ni se ha desayunado, y tiene llena de ansiedad el alma. Arrimada á la lumbre, que no conseguía entibiar el granizo de sus yertos pies y sus amoratadas manos; abismada, encogida, revolviendo en la cabeza, no planes —¿qué planes habían allí?— sino ideas incoherentes, Rosario esperaba... Bajo la campana esculpida, alzaba suaves llamaradas la seca leña; los pájaros, despertados por la luz, chillaban y gorjeaban gozosos; sobre el acuario transparente, la ninfa de mármol sonreía; las plantas trepaban en gracioso desorden, contentas de no haber sufrido relente ni escarcha... y aquella reducción del mundo físico asistía á la explosión de un dolor humano, con la misma indiferencia con que asiste el planeta al espectáculo de los innumerables dolores de toda la humanidad...

De pronto Rosario saltó del sitio donde yacía. En la escalerilla interior sonaban pasos. Se adelantó, muda, con las pupilas dilatadas... Tenía á Viodal delante; á Viodal desencajado, pálido, tembloroso de piernas, próximo á desplomarse al suelo.

—¡Tú! —exclamó Rosario al fin recobrando el habla.—¡Tú!

—Yo... Rosario, escucha...

No escuchaba. Estaba como lela. ¿Cómo no se le había ocurrido hasta aquel mismo instante que podía volver Viodal sano y salvo y quedar Felipe allá, tendido sobre la ensangrentada hierba? ¿Era concebible que no hubiese pensado en tal contingencia, que sólo imaginase desdichas y peligros para Viodal?

—¡Tú! —repetía, sin acertar á desenvolverse de aquella única palabra.

—Rosario... nena... perdón... —rogó Viodal, cruzando las manos.—Me vas á aborrecer... No supe lo que hice... ¡Ese hombre me había insultado tanto! Estuve fuera de mí... Así y todo, te aseguro que no quería hacerle daño grave... Defender mi vida, y un rasguño para lección... Pero ayer, ese Nordis me enseñó una estocada maestra... y en el calor del lance, al ver que él buscaba mi pecho, busqué yo el suyo... Rosario, ¡perdón! No me mires así... Ha sido una desgracia, una fatalidad...

—¿Le has matado? —preguntó concisamente la chilena.

—¡Tal vez!... Quedó muy mal herido... No sé si llegará á su casa con vida. ¡Rosario! ¡Rosario! Me provocó, te lo juro... ¿Quieres leer la carta indigna que recibí ayer? Y sé por el conde de Nordis que a tí te difamaba... Eso fué lo que más me sacó de quicio... ¡Rosario, mi niña! No me huyas... ¡Ay, Dios mío! ¿A dónde vas?

Sin contestar, Rosario corrió hacia la escalera de caracol y se precipitó por ella. Viodal la

siguió aterrado; á la triste luz de la reciente tragedia, veía bien toda la verdad; la ciega pasión de su sobrina, la imposibilidad de ser ya para ella más que un enemigo, un ser odioso, aborrecible... el matador de Flaviani... Vió á Rosario entrar disparada en sus habitaciones, y no se atrevió — como jamás se atrevía, pues el exceso de la pasión le hacía exagerar estas pudibundeces en el trato familiar — á pisar aquel recinto sagrado. Quedose en el umbral, anheloso, clamando aún, de tiempo en tiempo:

—¡Rosario! ¡Rosario! Por Dios... Mira, no ha muerto, querida.. Enviaremos á saber qué dicen los médicos...

Rosario apareció, trágica, con paso automático... Venía vestida de calle, si se puede llamar vestirse á haberse colgado una falda y metido los brazos de la chaqueta de nutria, cuyos últimos botones abrochaba por instinto, maquinalmente. Su rostro, mortalmente pálido, asomaba entre el marco de un rebocillo de encaje negro, tocado que solía preferir por coquetería la chilena, y que en aquel instante el aturdimiento y la prisa habían arrojado sin aliño sobre su cabeza despeinada y ardorosa. No llevaba guantes, pero sí un saquillo de cuero de Rusia en las manos, y su calzado, á pesar del piso cubierto de nieve en que iban á apoyarse sus pies, era el mismo zapatito de charol que traía por casa, sobre las mismas medias de seda negra con bordados azules...

—¿Estás loca? ¿Qué es eso? ¿A dónde vas?

preguntó Viodal, queriendo alardear de autoridad paterna.

Rosario le miró sin cólera, con mucha elocuencia en los grandes ojos; y desviándole con un movimiento de la mano, dijo tranquilamente;

—¡A su casa!...

FIN DE LA PRIMERA PARTE